



Número 6.

DEL 13 AL 20 DE ABRIL DE 1865.



ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.^o
DESPACHO CENTRAL. CUATRO CALLES.

SUMARIO.—Testo: *Semana de Pasion*, por Hiraldez.—*La Cena*, por Inza.—*Sentencia del Salvador*.—*Las Siete Palabras*, por Arrea.—*El Salvador en la Cruz*, por Hartzenbusch.—*La Tumba del Salvador*, por Belza.—*La Soledad*, por Luna.—*Al borde de la tumba*, por Palacio.—*Novela religiosa*, por Cervino.—**LAMINAS:** Barcelona.—*Su Santidad Pio XI.*—*El Santo entierro.*—*La Virgen del Niño.*

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

Madrid. . . Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.
Provincias. Un año 28 » —Seis meses 14 »
Ultramar. . Un año 80 » —Seis meses 40 »

4 cuartos el número.

SEMANA DE PASION.

Segun habian anunciado los patriarcas y profetas, llegó el triste momento en que la malicia y el orgullo desterraron del mundo las ideas de la moral, olvidando los sanos preceptos de la santa ley de Moisés. Y en este punto la humanidad hubiera caminado á la disolucion y á la muerte, si la poderosa mano de la Bondad Divina no la hubiera detenido en el borde del precipicio. Para dispensar al mundo este inmenso favor, necesitaba el Criador enseñar al hombre, con el ejemplo, la sublimidad de la abnegacion y del sacrificio, cumpliendo lo anunciado por los Santos Padres, y enviando á redimir del pecado á la humanidad, al Hijo de Dios.

El Mesias prometido vino al mundo á enseñar la doctrina de la sana moral, á combatir el vicio y el pecado, y á cimentar con su sangre y con sus sufrimientos el trono de la virtud, alumbrado por los resplandores de la Santa Sabiduría y de la verdadera ilustracion.

Para que se cumplieran los vaticinios y se realizaran los deseos del Dios Padre, era preciso que el hombre llegase antes al extremo de su soberbia y de su ingratitud, é hiciera pasar por la ignominia y la muerte al mismo que se habia dignado descender á la tierra para enseñarle con su ejemplo divino la práctica de la moral y el



SU SANTIDAD PIO IX.

camino de la felicidad eterna. El recuerdo de la triste Pasion del Divino Jesus es la demostracion más clara de las miserias de la humanidad; por eso el aniversario de aquellos terribles dias debe celebrarse con lágrimas en los ojos, con dolor en el alma, con luto en el corazón. No son los sufrimientos físicos del Divino Redentor los que debemos recordar en estos dias; son las penas y dolores que le debieron causar la perfidia y la ingratitud de los hombres á quienes vino á redimir del pecado.

Por esa razon, esta semana es la semana de la oracion y del recogimiento, de la adoracion de los misterios, del recuerdo, en fin, de los martirios, que con nuestros pecados hicimos sufrir al Divino Maestro. Y nosotros, á fuer de cristianos, deseamos tambien pagar un humilde tributo á tan santos recuerdos, consagrando nuestro número de hoy á la referencia de los principales misterios de la religion del Crucificado.

Y al hacerlo queremos comenzar recordando que en la tierra hay una representacion viva de aquel Supremo Sér bondadoso y clemente, que se dignó descender hasta nosotros para establecer los principios eternos é inmutables de la sana moral y de la recta doctrina. *Ego ipse qui loquebar, ecce adsum*; dijo el profeta Isaías en nombre del Hijo de Dios; y este vino despues á realizar esta

promesa repitiendo las mismas palabras del profeta: «Antes os hablaba por medio de mis anunciadores; ahora vengo á enseñaros por mí mismo y con mi ejemplo.» Y despues de su ejemplo divino quiso además que hubiese quien constantemente lo representara como cabeza de la Iglesia, como elegido de Dios.

Ese elegido es hoy el venerable y virtuoso anciano con cuyo retrato honramos la portada de nuestra publicacion. El justo, el santo Pio IX ocupa ahora la silla de San Pedro. Antes dellegar á esa alta dignidad se habia hecho ya acreedor á las consideraciones de los hombres por su piedad y por su virtud.

Juan Maria Mastai-Ferrati nació en Sinigaglia el 13 de mayo de 1792. Despues que se ordenó de sacerdote, toda su ambicion se redujo á poderse consagrar enteramente al servicio de los pobres y desvalidos, y ya entonces fué notado y señalado como modelo de caridad cristiana. Con la edad fué aumentándose su celo por la gloria de Dios, y en su constante anhelo se asoció á una piadosa mision destinada á tierras lejanas: atravesó el Mediterráneo y el Océano y predicó por los paises salvajes de América la doctrina del Crucificado.

Restituido á Roma y estimado cual merecia por Leon XII, fué promovido al obispado de Spoleto, despues al de Imola, y elevado finalmente á la dignidad de cardenal por Gregorio XVI en 14 de diciembre de 1840.

Despues de la muerte del pontífice Gregorio XVI fué elegido jefe visible de la Iglesia el cardenal Mastai, que subió á la silla de San Pedro con el nombre de Pio IX. La historia de su glorioso pontificado es de todos conocida. No hay quien ignore cuánta sensibilidad, cuánta abnegacion, cuánta fuerza de ánimo y de voluntad, cuánta caridad, cuánta fé y cuánto valor cristiano ha necesitado y necesita para las luchas que ha tenido y tiene que sostener y sostiene en defensa del esplendor de la religion á cuya cabeza se halla. Ni una sola vez ha olvidado su valor y su piedad en las terribles pruebas porque Dios le ha hecho pasar para hacer resaltar sin duda más y más las cualidades que le adornan.

M. HIRALDEZ.

LA CENA PASCUAL.

Despues que Judas hubo terminado el infame contrato con los príncipes de los sacerdotes y los magistrados, concertando la entrega de Jesus, su Divino Maestro, por el precio que los esclavos tenian, y que era el de treinta monedas de plata: despues, decimos, que hubo consumado este horrible y espantoso crimen, reunióse con Jesus y los demás apóstoles. En aquel mismo dia, que era un jueves, á las tres de la tarde comenzaba en Jerusalem para los galileos la Pascua, que los judios habian de celebrarla á la misma hora del viernes.

Jesucristo, si bien por el lugar de su nacimiento pertenecia á la tribu de Judá, por su larga permanencia en Nazareth, era considerado como galileo. Libre era, pues, para elegir el dia de la Pascua, ó bien cuando empezaban los galileos ó el siguiente: mas el Señor, que sabia que en el mismo dia en que los judios habian de comer el Cordero pascual debia morir sobre la Cruz para sustituir como cordero de Dios al cordero de Moisés, eligió el dia de los galileos.

Cuando segun nos esplican los evangelistas el primer dia de los ácidos se llegaron á su Maestro los apóstoles, preguntándole en qué sitio habia pensado que se dispusiera para que pudiese comer la Pascua. Jesucristo, dirigiéndose á sus privilegiados discípulos, les contestó que fueran á Jerusalem, y luego que entraran les anunció que habian de hallar á un hombre que llevaria un cántaro de agua, y al cual habian

asimismo de seguirle hasta que llegando á la casa donde aquel hombre entrara, llamasen al dueño y le dijeran que el Maestro habia elegido aquella casa para celebrar la Pascua con sus discípulos: que indicara un lugar cómodo para hacer los preparativos como lo haria, y que ellos entonces dispusieran lo necesario.

Solo al que era á un mismo tiempo Dios y hombre le podia ser dado hablar en aquella forma, que revelaba el profundo y sobrehumano conocimiento, tanto de las cosas futuras como de las pasadas y de las presentes.

Los dos apóstoles, pues, obedientes cual siempre al Soberano Maestro, partiéronse á la ciudad en donde encontraron todo cual el Señor les habia anunciado, comenzando desde luego á hacer en su vista los preparativos necesarios para la celebracion de la Pascua.

Dispuesto y preparado todo, hecho el sacrificio de las víctimas ordinarias, compradas las lechugas agrestes, y concluida la provision de panes ácidos y de vino, llegó Jesucristo á la ciudad acompañado de los demás apóstoles.

Luego que sonó la hora señalada por la ley, que era la caida de la tarde, púsose Jesus á la mesa y con él los doce apóstoles sentados en el órden que tenian costumbre de hacerlo, y no de pié como hemos visto que aparecen en alguna pintura que representa aquella sacrosanta cena, pues el rito de comer el Cordero pascual en pié, con báculos en las manos y ceñidos con los cíngulos, parece que solo debió practicarse en la primera Pascua celebrada en Egipto, cuando los israelitas iban á emprender su marcha para la tierra prometida.

Sentados, pues, empezada la cena y cuando todos conversaban con afabilidad y alegría, Jesucristo les dirigió la palabra diciendo: «En gran manera he deseado comer con vosotros esta Pascua, antes que padezca; porque os digo que no comeré más de ella hasta que sea cumplida en el reino de Dios.» —Y luego tomando el cáliz, dió gracias y dijo: —«Tomad y distribuidlo entre vosotros.»

Proseguía el acto de la cena, cuando de nuevo el que habia de ser el Salvador del mundo, interrumpió la general alegría pronunciando aquellas inesperadas espresiones: «En verdad, os digo que uno de vosotros me ha de entregar.» Consternados quedaron los apóstoles al escucharle, y todos, á escepcion del infame Judas, en cuyo innoble corazon habia podido albergarse aquel negro sentimiento, procuraron corresponder á la voz de su conciencia preguntando á Jesus si alguno de ellos era. «Sentado está conmigo á la mesa, replicó el Salvador, y el que mete conmigo la mano en el plato, ese es.»

Confusos y atónitos se miraban los apóstoles sin acertar á comprender cuál fuera entre ellos capaz de cometer tamaña felonía, cuando hipócrita á la vez que pérfido, levantóse Judas, y como si lo ignorara, tuvo la inesplicable osadía de acercarse al Señor y decirle: «¿Señor, seré yo de quien hablais?» —«Sí, tú eres,» contestó el Salvador, sin que ninguno de los apóstoles pudiesen siquiera apercibirse de aquella respuesta.

Terminada la cena, acto continuo se realizó el grandioso y humildísimo acto del lavatorio de los piés, en el que se vió á todo un Dios arrojado á los piés de unos míseros mortales, de un discípulo traidor que le habia de vender, de otro cobarde que le habia de negar, y de otros que tímidos le habian de abandonar en los momentos del peligro y de la persecucion.

Concluido que fué el lavatorio, el Soberano Maestro volvió á tomar su manto, y sentándose en medio de sus discípulos dió principio al último sermón que habia de predicarlos, y que con acierto puede decirse que fué el compendio de su Divina enseñanza, y que terminó con estas notables y sublimes espresiones: «Un mandamiento

nuevo os doy: que os améis los unos á los otros así como yo os he amado. En esto conocerán todos que sois mis discípulos si teneis caridad entre vosotros.»

Luego que estas divinas frases fueron pronunciadas aun permanecian sentados los apóstoles, pero sin acertar á comprender cuál pudiera ser el fin de aquel banquete. El hijo de Dios que habia cumplido la ceremonia de la Pascua figurativa comiendo con sus apóstoles la carne del Cordero pascual, dice Santo Tomás, pasó á la verdad del Sacramento de la Pascua y les dió su verdadero cuerpo y su sangre en el pan y en el vino que les ofreció, diciéndoles: «Que aquel era su cuerpo y esta su sangre que habia de ser derramada por muchos para remision de pecados.»

Este sacratísimo misterio, el de la Eucaristía, en todos tiempos ha irritado el orgullo humano; pero ¡cuán estériles han sido sus esfuerzos por combatirlo! Jesucristo, que reside en el augustísimo Sacramento de nuestros altares, es objeto de la adoracion de los pueblos y de las naciones.

Luego que el Salvador hubo pronunciado las misteriosas palabras que convirtieron el pan en su Divino cuerpo y el vino en su propia sangre, y despues de haber dado á sus discípulos consejos para fortalecerlos, se apartó de ellos, y se fué, como solia, al monte de las Olivas.

Así terminó esta cena, en la que el Salvador dió la muestra de su amor á los hombres y de su inmensa humildad y la cual fué seguida de la más villana de las traiciones y del más sublime de los sacrificios.

E. DE INZA.

SENTENCIA DEL SALVADOR.

ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS.—NEGOCIADO DE ESTADO.
LEGAJO 847, Y DE ROMA NÚMERO 4.º

Copia de la sentencia que dió Pilatos contra Cristo, Nuestro Señor, la cual se halló en la ciudad de Aquila (Abruzo) por los años 1580, entre las ruinas mármóreas de un templo, donde se hallaron dos tubos de hierro, y en uno de ellos escrito en pergamino, con caractéres hebreos, la siguiente carta, que se interpretó de la manera siguiente:

«En el año diez y siete de Tiberio César, emperador romano y de todo el mundo monarca invictísimo, en la olimpiada CXXI, edad veinticuatro, y de la creacion del mundo, segun el número y cuenta de los hebreos cuatro veces 1147; de la propagacion del imperio romano el año 73; del rescate de la servidumbre de Babilonia el 430, y de la restitution del imperio sagrado el año 497; siendo cónsules del pontífice romano Lucio Puanio y Marcio Saurico, procónsules del invicto Valerio Palestino, gobernador público y de Judea y Regente y gobernador de la ciudad de Jerusalem Flavio IV, su presidente gratisimo Poncio Pilatos, Regente de la Baja Galilea herriodada; antipatriarca y pontífice del Sumo Sacerdocio Anás y Caifás; Ales Maelo, maestre del templo; Rabaham Ambel, centurion de los cónsules romanos y de la ciudad de Jerusalem. Quinto Cornelio Sablimio y Sexto Pompilio Rufo, á los 25 de marzo:

«Yo, Poncio Pilatos, representante del imperio romano en el palacio de Larchi, nuestra residencia; juzgo, condeno y sentencio á muerte á Jesus, llamado Cristo Nazareno de la turba de Galilea, hombre sedicioso de la Ley mosaica contra el gran emperador Tiberio César: determino y pronuncio, en razon á lo espuesto, que sufra la muerte clavado en la cruz, á usanza de los reos, porque habiendo congregado muchos hombres ricos y pobres, no ha cesado de mover tumultos por toda Galilea, fingiéndose hijo de Dios y rey de Israel, amenazando la ruina de Jerusalem y del sagrado imperio, y negando el tributo al César; habiendo tenido el atrevimiento de entrar con palmas y en triunfo acompañado de la turba, como rey,

»dentro de la ciudad de Jerusalem, en el templo »sagrado. Por tanto, mando á mi centurion »Quinto Cornelio, que conduzca públicamente »por la ciudad de Jerusalem á ese Jesus Cristo, »amarrado y azotado, vestido de púrpura y co- »ronado de espinas punzantes, con la propia »cruz acuestas, para que sirva de ejemplo á to- »dos los malhechores, y que lleve con él á dos »ladrones homicidas: todos los cuales saldrán »por la Puerta Giancarola, llamada hoy Anto- »niana, é irán hasta el monte de los malvados »que se dice Calvario, donde crucificado y »muerto, quede el cuerpo en la cruz para que »sirva de espectáculo y ejemplo á todos los cri- »minales; y en la dicha cruz se le pondrá el si- »guiente letrero en tres lenguas, hebrea, griega »y latina: en hebreo, *Jesu aloi olisidin*; en grie- »go, *Jesus Nazarenos Basileus ton Judaion*; en la- »tin, *Jesus Nazarenus Rex judeorum*.

»Mandamos asimismo que ninguno, de cual- »quier clase que sea, no se atreva temeraria- »mente á impedir esta justicia por nos mandada, »administrada y seguida con todo rigor, segun »los decretos y leyes de los romanos y hebreos, »bajo la pena en que incurren los que se rebe- »lan contra el imperio.—Confirmaron esta sen- »tencia por las doce tribus de Israel, Raban, »Daniel, Raban II, Joan Beciar, Berbas, Isabec, »Presidad. Por el Sumo Sacerdocio Raban, Judas »Concasalon. Por los fariseos Rolian Simon, Da- »niel, Braban, Mordagin, Boncertasslis. Por el »imperio y presidente de Roma Lucio Sirtilio, »Amostro Silio, notario público del crimen. Por »los libres, Nastau Reotenan.»

La preinserta sentencia es copia, literalmente traducida, de la que se halla escrita en italiano custodiada en el mencionado real y general Archivo de Simancas.

LAS SIETE PALABRAS.

«Padre mio, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.»
(SAN LUCAS, 23, 34.)

I.

Aquel, de quien habia dicho Isaias: «El espíritu del Señor reposa sobre mí, porque me ha ungido para anunciar el Evangelio á los pobres; me ha enviado para curar á los que tienen el corazón quebrantado, para dar la libertad á los cautivos, la vista á los ciegos y la libertad á los oprimidos,» iba á terminar su divina mision en la tierra, sellando con su muerte el último y más glorioso título de su preciosa existencia.

Un gentío inmenso poblaba las calles de la ingrata Jerusalem. La muchedumbre, agrupada en confuso desorden, se apresuraba á presenciar, con impía curiosidad, el mayor crimen que los siglos han conocido. Algunas piadosas mujeres, tristemente conmovidas, seguian á Jesus, gimiendo y dándose golpes de pecho.

—¡Hijas de Jerusalem! las dice el Salvador; no lloreis por mí, sino por vosotras y por vuestros hijos, porque llega el dia en que se dirá: ¡Dichosas las estériles, las entrañas que no concibieron y los pechos que no criaron! ¡Montes, caed sobre nosotros; sepultadnos, colinas: ¿qué será de la madera muerta, si la verde es tratada así?

Y el hijo de Maria, que habia venido al mundo á predicar una doctrina llena de celestial pureza, de paz y de concordia; que habia roto las ominosas cadenas que aprisionaban al hombre; que tantos prodigios y milagros habia obrado; él, inocente y manso cordero, iba á ser sacrificado bárbaramente por sus implacables enemigos. Y para que el suplicio fuera más afrentoso, como si la saña de sus martirizadores no se cebara bastante con derramar gota á gota su preciosa sangre, al lado de la inocente víctima colocaron dos grandes malhechores, cuya

vida era una cadena continuada de vergonzosos crímenes. La naturaleza parecia estremecerse de dolor, pues el sol quiso ocultar sus rayos y cubrirse el cielo con un manto de tristeza, por no presenciar tan horrible espectáculo. Pero el Señor, en medio de tantos sufrimientos, no tiene para este pueblo deicida más que dulces palabras de perdon, ni siente en su sagrado pecho más que los generosos impulsos de su inagotable caridad.

—¡Padre mio! esclama poseido del más profundo amor; perdónalos porque no saben lo que se hacen.

II.

«Hoy estarás conmigo en el paraíso.»
(SAN LUCAS, 23, 43.)

El Redentor del mundo, pendiente de la cruz, no cesa de pedir el perdon de sus enemigos. Se acerca el supremo instante del cumplimiento de todas las profecías. El hijo de Dios ha sido condenado á morir como un criminal, como un malhechor, como el príncipe de los malvados. Jestas y Dimas, dos famosos ladrones, van á morir con él para dar al cruento sacrificio más grande sublimidad.

Los soldados reparten entre sí la vestidura del Salvador, y echan á la suerte la túnica sin costura y de un solo tegido. Así tienen cumplimiento las palabras de la Escritura:—Han sorteado mi vestidura y repartido mis vestidos.—(1)

El pueblo no se halla todavía satisfecho, y dirige nuevos insultos á Jesus.

—Él ha salvado á los otros, prorumpia con insensata burla; que se salve á sí mismo, si es Cristo elegido de Dios.

Y hasta uno de los ladrones, el criminal Jestas, enclavado en la cruz de la izquierda, se atreve tambien á lanzar, en su horrible desesperacion, impias blasfemias contra el Señor.

—Si tú eres Cristo, le dice, sálvate á ti mismo y á nosotros contigo.

Pero Dimas, que sufrió con resignacion y arrepentimiento el merecido castigo de sus crímenes, replicó severamente á su compañero:

—¿No temes á Dios? Nosotros hemos sido condenados con justicia; sufrimos la suerte debida á nuestros crímenes, pero este no ha hecho ningun mal.

Y dirigiéndose á Jesus, esclama con acento conmovido y suplicante:

—Señor, acuérdate de mí cuando llegue á tu reino.

Y Jesus, á quien no se le ocultaba el arrepentimiento sincero del malhechor, quiso dar en estos últimos instantes de su vida una leccion elocuente de su inagotable caridad, acogiendo con benignidad la tierna súplica de Dimas, y concediéndole aun más de lo que pedia.

—En verdad te digo, responde el Salvador con amoroso acento, que hoy estarás conmigo en el paraíso.

III.

«Mujer, hé ahí á tu hijo.»
(SAN JUAN, 19, 26.)

Jesus habia dicho en Gethsemani:

—Padre mio, que este cáliz se aleje de mí, si es posible: no obstante, que se haga, no mi voluntad, sino la tuya.

Los inescrutables designios del Altísimo iban á cumplirse; el nuevo Isaac debia ser sacrificado. Pero era preciso que Jesus apurase, antes de morir, las últimas gotas del amargo cáliz.

Su misma Madre, anegada en llanto y oprimida por el dolor, se halla al pié de la cruz, acompañada de muchas santas mujeres, entre las que se encuentran Maria y Magdalena. No es posible describir el horrible martirio que sufre en aquellos instantes la tiernísima Madre del Salvador. Ella, que no le habia abandonado un solo momento, queria recoger el último suspiro de

(1) Salmo xxi, 19.

su existencia, como precioso legado de su augusto Testamento. Maria, la mujer fuerte del Evangelio, acompañada de Juan, el discípulo predilecto de Jesus, está abrazada al santo madero, resistiendo con admirable heroismo los rudos golpes que asestan á su corazón. El Señor la contempla con profunda amargura, y la dice:

—Mujer, hé ahí tu hijo.

Y dirigiéndose á Juan, su discípulo más querido, aquel que reclinó su frente sobre su corazón, esclama:

—Ahí está tu madre.

IV.

«Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?»
(SAN MÁRCOS, 15, 34.)

La noche tendia sus negras alas sobre el horizonte: las tinieblas y las sombras, testigos mudos de la agonía del Salvador, cubrian con un velo inmenso la pedregosa cima del Gólgota. El hijo de Maria, enclavado de piés y manos, yerto y cadavérico, eclipsados sus ojos, sus labios cárdenos, descoyuntado su cuerpo, apenas dejaba sentir señal alguna de su existencia. En este angustioso y tristísimo estado, Jesus acaso recordó todos sus sufrimientos, los golpes de sus verdugos, los insultos y desprecios de una turba loca y desenfrenada, y moviendo suavemente sus divinos labios y entreabriendo sus ojos, dirigió al cielo una dulce y suplicante mirada, y pronunció aquellas primeras palabras del célebre salmo en que David habia predicho todos los tormentos del Mesías:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué me has desamparado?

V.

«Sed tengo.»
(SAN JUAN, 19, 28.)

Pocos momentos restan ya de vida al Salvador del mundo. Hémosle visto, en el dolor de su agonía, pedir perdon para sus martirizadores; cubrir con su manto de misericordia á un criminal que le ruega se acuerde de él cuando llegue á su reino; hémosle visto tambien desprenderse de su propia madre para dársela á los hombres que, desnaturalizados é ingratos, procuran redoblar los agudos tormentos de su agonía; pero aun tiene que sufrir un nuevo y terrible dolor. Desea hablar y no puede; su lengua está seca y pegada al paladar; le falta ya la sangre, que ha derramado en abundancia, y necesita refrescar sus labios. Al fin, haciendo un supremo esfuerzo, esclama en un profundo gemido:

—¡Tengo sed!

Entonces uno de los soldados tomó una esponja empapada en vinagre, y se la ofreció en la punta de una caña.

VI.

«Concluido está todo.»
(SAN JUAN, 19, 30.)

En el seno profundo de los mares y en las entrañas de la tierra se siente un rumor sordo, precursor de un terrible estremecimiento. Los restos mortales, frias cenizas de los muertos, se conmueven en el fondo de sus sepulcros: no parece sino que esperan el instante supremo de su resurreccion. La naturaleza entera está sobrecogida de terror por la muerte del Justo. La noche se ha velado con un inmenso crespon funeral: ni la luna despidе sus tibios y macilentos rayos, ni envian las estrellas su fulgente luz. El silencio y la soledad, la tristeza y el dolor reinan por todas partes.

Jesus recorre en aquellos instantes, con sublime tranquilidad, la historia de cuarenta siglos, resumida por Él en una brillante página. Nada faltaba ya; todo se habia cumplido. Entonces el Señor, replegando sus fuerzas, esclama con voz que hiende los aires y estremece al universo:

EL VIERES SANTO.



Ed. M. O. N. I. N. G.

W. H. P. H. T. O. N. S. C. P. M.

La Santísima Virgen.

Maria Magdalena.

San Juan.

EL SANTO ENTIERRO.

José de Arimatea.

Jesus.

Nicodemus.

—¡Concluido está todo! ¡Todo se ha consumado!...

VII.

«Padre, en tus manos encomiendo mi alma.»
(SAN LUCAS, 23, 46.)

Ved al Hombre-Dios en el último y supremo instante de su amarga agonía. El espectáculo que ofrece la inocente víctima es en extremo doloroso y desgarrador. Su cabeza inclinada sobre la diestra está ya desfigurada totalmente por el polvo, el sudor y la sangre, que de sus delicadas sienas ha vertido: turbios sus ojos, lívido el semblante, desordenado el cabello, acardenaladas sus estremidades, descoyuntado su cuerpo, yerto y pálido su divino rostro, la imagen del Salvador es el cuadro dolorosísimo que ofrece el espirante moribundo.

Jesucristo es ya cadáver, pues el escaso soplo de vida que le queda va á escaparse muy pronto de sus amoratados labios al exhalar un profundo suspiro, un ¡ay! agudo y penetrante, con el que intenta recoger todas las fuerzas perdidas en su dolorosa Pasión. Y el Hijo de María, irguiendo repentinamente su cabeza, como si recobrará por un momento su celestial hermosura, fijó sus dulcísimos ojos en el cielo, y exclamó con voz fuerte, que se hizo sentir en todos los ámbitos del mundo:

—¡Padre! en tus manos encomiendo mi alma.

Cumplióronse, pues, los decretos del Eterno. Cielos y tierra lloraron la muerte de Jesús. La Justicia de Dios está satisfecha.

D. F. ARREA.

EL SALVADOR EN LA CRUZ.

Quien dió la vista al ciego,
Quien dió la voz al mundo,
Quien vida nueva pudo
A Lázaro infundir,
Hoy pende de un madero,
Y espira escarnecido
Del pueblo fermentado
Que viene á redimir.

Quebrántase la roca;
Sin luz se queda el cielo;
retiembla, róto el velo,
El arca del Señor;
Y al ver los querubines
La Cruz que los aterra,
Dirigen á la tierra
Miradas de furor.

—«La sangre que han vertido
Los clavos y la lanza,
Pidiendo está venganza,
Dejádnosla tomar.
Descienda nuestro rayo,
Y que haga furibundo
Cenizas ese mundo
Rebelde sin cesar.»—

En tanto que al Eterno,
Inmóvil en su trono,
Acusa de abandono
La suerte de Miguel,
Bendicen el arcano
De amor ardiente lleno
Los justos en el seno
Del padre de Israel.

Que ya de su ventura
Llegó por fin el día,
Y al hijo de María
Unidos volarán;
Dejando el Paraíso
La víctima inocente
Abierto al descendiente
Del ya feliz Adán.

Pero si hoy en patíbulo espira,
Juez vendrá severísimo luego,
Más terrible entre nubes de fuego

Que en su cima le vió Sinaí.

¡Ay entónces del que haya perdido

De la gracia el divino Tesoro!—

Yo, Señor, tus piedades imploro;

Yo pequé; ¡Desgraciado de mí!

J. E. HARTZENBUSCH.

LA TUMBA DEL SALVADOR.

Siendo un deber sagrado dedicar en esta semana todas las secciones de nuestro periódico á la conmemoracion de la Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo he procurado, en la parte que á mí me corresponde, buscar entre las infinitas y horribles peripecias de este impío cuanto sangriento drama, la que mejor pudiera representar á mis lectores el acto supremo, doloroso y desgarrador de la Pasión.

Con este objeto he elegido la colocacion en la tumba del divino Redentor.

No sé si habré acertado.

Ticiano Vecelli, pintor veneciano del siglo xv, ha dejado á la posteridad un admirable cuadro, cuya reproduccion tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores en el grabado de grandes dimensiones que hoy aparece en las páginas 44 y 45 de nuestro Semanario.

Deseando que á él vaya unida una descripción concienzuda de la fúnebre escena, utilizamos los datos que nos suministra un magnífico artículo de Henri de Montaut, y la erudita carta del sabio Abad Roussel, de la cual extractamos un párrafo, en que describe la situacion y los nombres de los personajes que en la lámina aparecen.

Dice así:

«Los seis personajes de tan magnífico grabado son:

1.º La Santa Virgen.

2.º María Magdalena.

3.º San Juan, el discípulo querido.

4.º San José de Arimatea, que segun San Mateo era un hombre honrado, rico, y discípulo del Salvador, aunque se ocultaba por temor á los judíos. Sin embargo, segun afirma San Marcos, cap. xv, v. 43, dice que este noble *decurion*, (se llamaban *decuriones* á los consejeros ó senadores de las ciudades) reparó su falta el día mismo de la muerte de Jesús, dirigiéndose á Pilatos con extraordinario valor para exigir le fuera entregado el cuerpo de la preciosa víctima. «*Andacter introivit ad Pilatum et petit corpus Jesu.*»

El 5.º personaje no puede ser otro que Nicodemo, del cual habla San Juan en el cap. xix, v. 39. *Venit autem et Nicodemus*, y la madre Catalina en la dolorosa Pasión, dice también que Nicodemo era un hombre justo y bueno, y que era viudo y con dos hijos.»

Nadie ignora que esa Santa Elena, emperatriz de Oriente, á la que se debe haber encontrado en el año 325 el sepulcro donde José depositó el cuerpo del Salvador, en cuyo sitio hizo construir una modesta basílica.

Creemos que será agradable á nuestros suscritores, que insertemos á continuación el texto, apenas conocido, de un proceso verbal de restauracion del Santo Sepulcro, hallado hace muy poco tiempo en Jerusalem.

Dice así:

«El hermano Bonifacio, obispo de Stagno por la misericordia de Dios y la gracia de la Santa Sede, etc., etc.

«En el año de nuestra salud 1.555: como quiera que el modesto monumento que cubre el Santo Sepulcro y que fué elevado por la piadosa Santa Elena, amenazaba ruina, y previa la orden de N. S. P. el papa Julio iii; ardentemente solicitada por Carlos v, emperador de los romanos; reconocida nuestra cualidad de gobernador apostólico y guardian de los Santos Lugares, hemos pedido á Soliman Otoman, emperador de los turcos, la autorizacion para proceder á las restauraciones necesarias.

«Concedida esta, hemos hecho demoler toda la obra de albañilería que ocultaba el Santo Sepulcro, el cual apareció entonces á nuestros ojos tal como habia sido tallado en la roca. En su centro se veian pintados dos ángeles, de los cuales uno tenia en su mano derecha una especie de cinta en la que se leia la inscripcion siguiente: «*Ha resucitado, ya no está aquí.*»—Y el otro, indicando con el dedo el Sepulcro, decia: «*Ese es el sitio donde fué colocado.*»—Los dos cuadros en que estaban representados estos dos ángeles, «se convirtieron en polvo tan luego como se hallaron en contacto con el aire. Habiéndonos obligado la necesidad á levantar la magnífica lápida de alabastro, que Santa Elena habia hecho colocar sobre el Santo Sepulcro, tuvimos la dicha de contemplar el sitio donde Nuestro Señor reposó durante tres días, y en el cual se distinguia perfectamente con todos sus contornos la huella del cuerpo del Señor, marcada por su sangre preciosa, mezclada con el ungüento de que se habian servido para embalsamarlo. En medio de este sitio, hallamos igualmente un pedazo de madero cubierto con un precioso paño, el cual, habiéndole cojido respetuosamente se convirtió en polvo entre nuestras manos, no quedando otra cosa de él sino algunos hilos de oro que habian servido sin duda para la trama del tejido. En cuanto al pedazo de leña, se conocia que en otro tiempo habian grabado en él algunas inscripciones, pero no pudimos descifrar ninguna: sin embargo, en un pergamino arrugado y carcomido por el tiempo, que también encontramos, pudimos leer: «*Helena magna;*» y presumimos que esta preciosa reliquia seria un pedazo de la verdadera Cruz, hallada en la cima del Calvario por la piadosa Emperatriz, etc., etc.»

Hasta aquí la relacion del hermano Bonifacio, la cual completaremos nosotros con algunos apuntes y observaciones.

Todo el mundo sabe que despues de la muerte de Jesús, el Gólgota fué constantemente visitado por una multitud de peregrinos que acudian de todas partes, ansiosos de rendir el tributo de su consideracion y altísimo respeto á tan sagrado lugar, pero el emperador Adriano, queriendo evitar el proselitismo que inspiraban estas peregrinaciones hizo construir á sus espensas sobre la cima del Calvario un templo dedicado á Vénus. Esta circunstancia providencial guió á la emperatriz Elena para encontrar el sitio del Santo Sacrificio de Nuestro Señor.

Conducida en sus investigaciones por entre las ruinas del templo pagano, tal vez por inspiracion divina, llegó á encontrar, por fin, el Sepulcro y las tres cruces.

La Emperatriz consiguió distinguir entre ellas cuál era la verdadera; es decir, la que á Jesucristo habia pertenecido, colocándolas sucesivamente sobre el cuerpo de algunos enfermos que fueron curados al solo contacto de la de Nuestro Señor.

En cuanto al Sepulcro no cabia duda, y Santa Elena hizo elevar el templo sobre cuyas ruinas se edificó despues la iglesia actual.

Hoy el Santo Sepulcro se halla completamente rodeado de un precioso edificio de mármol. Sobre aquel se eleva una pequeña cúpula que forma una capilla aislada, y esta, á su vez, se encierra bajo la inmensa bóveda de un magnífico templo.

J. BELZA.

LA SOLEDAD.

Stabat Mater.

La religion cristiana, que es la religion del consuelo, porque es también la fuente eterna de la verdad, está fundada en un amor inmenso y en un sacrificio sin límites. Ningun sacrificio

más grande que el de Jesucristo; ningun amor tan inmenso como el de Dios, dignándose tomar la forma humana para redimir en el Calvario los seres á quienes habia creado para su gloria.

El cristiano que tiene fé en las consoladoras promesas de su Redentor, y sin embargo, se siente esclavo de las pasiones, y se juzga indigno de merecer lo que un alma pura debe esperar confiada, vuelve los ojos á la Virgen María para que le sirva de manto con que cubrir sus culpas y de medianera con su Juez justo, bondadoso, pero inexorable.

Jesucristo nos llamó sus hermanos y todos vemos en María una madre amorosa. La juzgamos indulgente para nuestras debilidades, solicita para consolar nuestras aficciones, incansable en fortalecernos en la desgracia. Cuando la madre natural abre nuestros labios á la oracion, su nombre es el primero que pronunciamos, su amor el primero de que se nos habla; su tierna solicitud la primera que se nos asegura.

Los niños que deben á la fortuna una madre cariñosa, se acostumbran á amar tiernamente á María, y á considerarse huérfanos de una madre mucho más paciente, mucho más dulce, mucho más amorosa que la que vela su sueño y los despierta con sus besos apasionados.

La madre que nos da la naturaleza, abre nuestro corazon á todas las virtudes; la madre que nos ha dado Dios nos abre las puertas del cielo.

Por eso los hombres que para cada sentimiento, para cada aficcion, para cada angustia, han encontrado un consuelo en su amor á la Virgen, los han simbolizado en otras tantas advocaciones, como queriendo identificar á María con todos los sentimientos de su corazon.

Pero ninguna espesa tanto, ninguna envuelve un dolor tan inmenso como *La Soledad*.

María, triste y llorosa estaba al pié de la Cruz; la noche empezaba á tender su manto de sombras; oíase á lo lejos el bullicioso rumor de la ciudad deicida; en la cima del Calvario se alzaba el Santo madero casi perdido entre las sombras, como si la oscuridad amorosa le quisiera proteger contra el ingrato abandono de los hombres.

María, sola, triste y desamparada, bañaba con su llanto la Cruz en que habia espirado su hijo. Todo se consumió: las lágrimas de la madre eran el Jordan en que se lavaban las culpas de los hombres.

De los hombres por quienes su Hijo se habia sacrificado, y que la abandonaban en aquellos instantes de dolor supremo.

De los hombres que habian esperado la venida del Mesias, y le desconocieron y le negaron.

Que le negaron predicar la virtud y le tuvieron por loco.

Que le llamaron rey de los judios y le dieron por escarnio un manto de púrpura y un cetro de caña.

Que recompensaron su amor y su mansedumbre con la traicion y el ultraje.

Que atormentaron su cuerpo y lastimaron su alma en recompensa de haber venido á curar todas las heridas, á consolar todos los dolores.

Que le dieron muerte en un afrentoso patíbulo, por haber predicado la paz, por habernos mostrado el camino que conduce á una vida eterna.

María lloraba en su soledad la muerte de su Hijo y la ingratitud de los hombres.

Pero la obra se habia consumado y el pensamiento de Dios es infalible.

María sobrevivió á su Hijo porque aun tenia otros hijos por quienes velar. Hijos que la desconocieron; que cuando estaba triste y sola, no volaron á consolarla con tierna solicitud, á enjugar sus lágrimas con mano amorosa; pero la ingratitud de los hijos lastima, mas no hace es-

téril para el amor el corazon de una madre, que siempre olvida y perdona.

María, al pié de la Cruz, teniendo sobre sus rodillas el sacrosanto cadáver de Jesucristo, envolviéndolo en el piadoso sudario, restañando sus heridas, estrechándolo contra su seno, besándole con ese frenesí del dolor que solo cabe en el corazon de una madre, no tuvo una palabra de maldicion para los verdugos de aquella víctima inocente; frases de paz y de consuelo, de perdón, ya que no de olvido, salian de sus labios cuando el dolor interrumpia sus naturales exclamaciones.

Cuanto amor puede caber en nuestra alma no es bastante para recompensar el dolor de María al verse sola en el Calvario despues de consumada la redencion del hombre.

Muchos siglos han pasado desde que Jesucristo dió su sangre por nosotros, y hoy que la Iglesia conmemora este gran suceso, el cristianismo se viste de luto; llevémosle tambien en el corazon y acompañaremos en su amarga Soledad á la que tantas veces ha consolado la nuestra.

L. G. DE LUNA.

AL BORDE DE LA TUMBA.

Soneto.

(Imitacion del portugués.)

Pequé, Señor, más no porque he pecado
De vuestra alta clemencia me despido,
Que cuanto más hubiese delinquido
Os tengo á perdonar más empeñado.
Si verme pecador os ha indignado
Cedereis al mirarme arrepentido,
La misma culpa con que os he ofendido
Os tiene á la indulgencia preparado.
Cuando vuelve al redil de sus amores
Una oveja perdida y recobrada
En júbilo se inundan los pastores:
Yo soy, Señor, oveja descarriada,
Mirad, Pastor divino, mis dolores
Y recobradme al fin de la jornada.

M. DEL PALACIO.

CLAUDIA PRÓCULA.

NOVELA RELIGIOSA.

I.

¡Salud, auras embalsamadas de los crepúsculos primaverales; salud á vosotras, que no parece sino que bajais del cielo para adornar la tierra! ¡Cuántas veces al murmurio de vuestros benéficos hálitos, he creído ver los ángeles de la Providencia estendiendo alfombras de verdura sobre los callados sotos del Henares ó del Jarama; colocando el entreabierto boton en los árboles de sus bosques; llenando de florecillas el suelo, y de perfumes el espacio, y de no imitadas armonías la soledad de los valles y las cascadas del río; abriendo las puertas del cielo para los días de abril, que son los días de las esperanzas inocentes, y preparando los caminos á las auroras de julio, que serán las auroras de bendicion y de riqueza! ¡Salud otra vez, vivificantes espíritus de la primavera! ¿Será verdad que, al paso que rejuveneceis los campos, venis tambien á engalanar las almas con nuevas flores de consuelo, de amor, y de purísimas alegrías? ¡Si no, por qué está unido á vuestro anual tránsito por el mundo, el recuerdo del gran misterio, el recuerdo de la redencion humana, primavera feliz sin la cual no podría llegarse á la recoleccion de bienaventuranzas eternas? Revolad, pues, sobre mi frente, vientecillos de las mañanas de marzo; revolad, auras melancólicas de sus tardes. Volved fecunda y viva una imaginacion perezosa y acaso moribunda. Con inocentes y no vedadas ficciones, intento pintar escenas que se enlacen con la escena inefable, digna de ser repetida solamente por el labio de los sacerdotes del Altísimo, que son los depositarios de la pluma que dió vuelo al águila de Patmos; mas si esa pluma no cabe entre profanos dedos, cabrá entre los míos la inofensiva y humilde lira que debí al cielo para cantar á veces la grandeza de sus misericordias. ¡Dios mío, que mientras yo pueda agitar sus cuerdas no produzca reprobadas modulaciones! ¡Inspiradme, Dios mío!

II.

¿Quién es esa mujer muellemente recostada sobre ostentoso lecho de púrpura? Duerme su cuerpo, pero está en vela su espíritu. Hermosa como la luna, no

cual se muestra á nuestros ojos plateando las colinas, sino cual apareció en el firmamento al recibir su existencia en el *día cuarto*, esa dormida matrona parecería la imagen de la felicidad sobre la tierra, si algun convulsivo é involuntario movimiento no revelara que la dicha perfecta no es de este mundo. Su cabello, rubio como un campo de sazonadas espigas, rueda en unidos bucles sobre los perfumados almohadones, y una cinta de mürice, cual un rastro de amapolas, circuye su frente. Caidos sus párpados sobre la rosa y alabastro de sus mejillas, entreabiertos sus labios cuyo color pudieran envidiar las flores del granado, solamente la mano y el antebrazo derecho, que semejan robados de los talleres de Fidias, habian podido escapar á los pomposos repliegues de su túnica, verde como los mirtos de Pafos, ceñida al talle con cinturón de oro y recamada en su fimbria con dibujos de perlas orientales. Blanca sandalia serviale de calzado. Diríase que habian pasado sobre su frente unos seis lustros desde que su labio dejó de encontrar alimento en el pecho de su madre.

Si tan brillante atavío no revelara la calidad de esa hermosura y la época en que nuestra imaginacion debe contemplar su existencia, pudiera confirmarnos el aspecto del aposento en que yace. Adornan sus paredes láminas de bronce bruñido, que reflejan á maravilla la imagen que se les presenta. Liso varal de plata, retenido en el centro del cubículo por una tallada tripode, sostiene en su parte superior, y como á tres ó cuatro codos del mármoleo pavimento, una lámpara que convierte en resplandores tranquilos el suave licor de la espaciosa oliva de los campos, semejante á líquidos topacios. Cuatro pequeñas estatuas de oro, representando semblanzas como de personas venerables, ocupan los ángulos de la estancia; y sobre tabla de mármol pario, la clepsidra (1) de la linfa trasparente, iba marcando el curso de las perezosas horas de la noche. Es, pues, sin duda alguna, una matrona romana del tiempo de los primeros Césares la que tranquilamente dormia. Pero no está sola. ¿Habian de faltar, en los diferentes destinos de la esclavitud, unguentarias ó cubicularias que le guardasen el sueño, siendo tan principal señora?

Por eso, á un lado de la estancia, vestida con túnica de lana cenicienta, entrelazadas sus negras trenzas con las vendas de una toca al modo de las que usaron las hijas de Betulia en el día de su afliccion, otra mujer, que frisaria apenas con los veinte años, ha desdeñado la piel de pintado tigre destinada para su regalo, y está sentada sobre la dura losa. Rueda por su mejilla, y va á caer en su seno, alguna lágrima solitaria: así durante la primavera resbala una gota de rocío desde los pétalos del lirio de los valles, hasta el amoroso nido de losruiseñores: y no de otro modo se hubiera dibujado la estatua del arrepentimiento y de la penitencia, si en el pueblo judío, al que por su trage parecia corresponder la desolada vigilante, hubiera sido licito representar figuras ó imágenes humanas. Pero ambas personas y el aposento descrito, se encontraban en el palacio de un presidente de Judea, mandado á Jerusalen por Roma la dominadora.

De improviso, incorporándose en el lecho la que en el lecho yacia, despidió uno de esos gritos inarticulados con que se anuncia un susto.

—¡Protina! añadió.

—¡Prócula! contestó la otra volando en su auxilio. Y por algunos instantes volvió á quedar en silencio la suntuosa estancia.

—¡Hija de las montañas de Samaria! No tornes á repetirme que tu ley te prohíbe interpretar mis ensueños. Yo aquí no tengo arúspices ni augures etruscos que me indiquen la voluntad de los dioses. Mira sus estatuas, guardadoras de mi aposento: están mudas. Toca mi frente: arde. Repara en mis insomnios: son penosos. Pon la mano sobre mi corazon: palpita como si tuviera miedo.

—¡Miedo la esposa de Poncio! ¡Miedo tú, Claudia Prócula!

—Sí: he visto á un hombre semejante á un Dios: héle visto que venia sentado sobre las nubes del cielo. El mundo entero, los que son y los que serán, esperaban su juicio. Una eternidad de premio para los buenos, mas no en los Campos Eliseos de que me hablaban en mis jardines del Tiber. Una eternidad de castigo para los malos; pero no en el Tártaro del Aqueronte, no con el tormento corporal de Sisifo, sino con un tormento de espíritu, cuyo idea aun tiene erizados mis cabellos. ¡Ay Protina! Yo no sé explicarte lo que he visto y lo que he sentido. ¡Ay de los de empernado corazon! ¡Ay de los soberbios! ¡Ay de los opulentos injustos! ¡Ay de los que rien sin tregua! ¡Ay de los que vieron al hambriento y no le alargaron del pan que les sobraba!

—Sí, si, (interrumpió Protina en el momento sin poderse contener). ¡Bien aventurados los de limpio corazon! ¡Bien aventurados los pacíficos! ¡Bien aventurados los que lloran y los que padecen persecucion por la justicia! Suyo es el reino de los cielos.

—¡Protina, Protina! ¡Tú has tenido el mismo ensueño! ¡Interpreta, espicala!... ¡Qué maravilla!

—Nada he soñado; y aunque así no fuera, solo podría acudir al sumo sacerdote Caifás, para que, revestido con el *efod* sagrado, explicara mis nocturnales visiones: moriría de muerte si otra cosa hiciera. Pero serénate, Claudia Prócula: ni esa clepsidra, indicadora de tu opulencia, ni el canto matinal de los gallos, que es el horario de los pobres, anuncian todavía los momentos de la tercera vigilia. Recuéstate y duerme.

(Se concluirá en el número próximo).

(1) Clepsidra llamaron los romanos á sus relojes de agua.



LA VIRGEN DEL NIÑO.

Desgraciadamente y no habiendo podido concluir su trabajo el artista que se hallaba encargado de una gran lámina, representando uno de los actos más sublimes de la Pasión, cuyo grabado debía ocupar esta página, y habiéndonos propuesto que nuestro Semanario aparezca hoy consagrado enteramente á recordar el sublime sacrificio que el mundo cristiano admira, lo mismo en su parte ilustrada que en su parte escrita, nos vemos obligados á llenar el vacío que aquella falta nos deja, con una preciosa copia de un retrato de la Santísima Virgen llevando en sus brazos al divino Jesus.

El original de esta copia es obra del famoso pintor italiano Rafael de Urbino, y el grabado del reputado artista Dumont.

Abrigamos la esperanza de que nuestros lec-

tores admitirán con benignidad nuestra legítima excusa, con tanto más motivo, cuanto que creemos muy digna de atención la obra que en cambio de la de actualidad les ofrecemos.

BARCELONA. Dedicado completamente el número de hoy á los asuntos religiosos que en esta semana conmemora la Iglesia, no nos ha sido posible dar cabida á una descripción detallada y minuciosa de la lámina con que encabezamos este, la cual, como nuestros lectores verán, es el puerto de Barcelona. La capital del Principado es tal vez la primera de las ciudades de España, tanto por su numeroso vecindario, como por su riqueza, su importancia fabril y su magnífico puerto, así que, merece un extenso artículo, que ofrecemos dedicarle en uno de nues-

tros próximos números, ya que hoy nos lo impiden las circunstancias que anteriormente hemos indicado. Por hoy nos limitaremos á decir que el peñón que aparece en el fondo del grabado es la famosa montaña de Monjuí, célebre por el inespugnable castillo de aquel mismo nombre que en su cima se eleva, y que el edificio que se destaca en el primer término de la derecha es la Aduana, la cual es obra también de gran mérito.

Solucion del geroglífico del número anterior.

Dios premia al bueno; pero viene el malo,
Le quita el premio, y le administra un palo.

Propietario y editor responsable, EDRO AUGUSTO LAMARTINIÈRE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.